



AGUS Y LOS MONSTRUOS

11a
EDICIÓN

¡ILEGA

EL

SR.

FLAT!



JAUME COPONS &
LILIANA FORTUNY

COMBEL

Combel Editorial es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2014, Jaume Copons, por el texto
© 2014, Liliانا Fortuny, por las ilustraciones
© 2014, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 - 08013 Barcelona
combeleditorial.com
agusandmonsters.com

Autores representados por IMC Agencia Literaria, SL.

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Undécima edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-9825-911-7

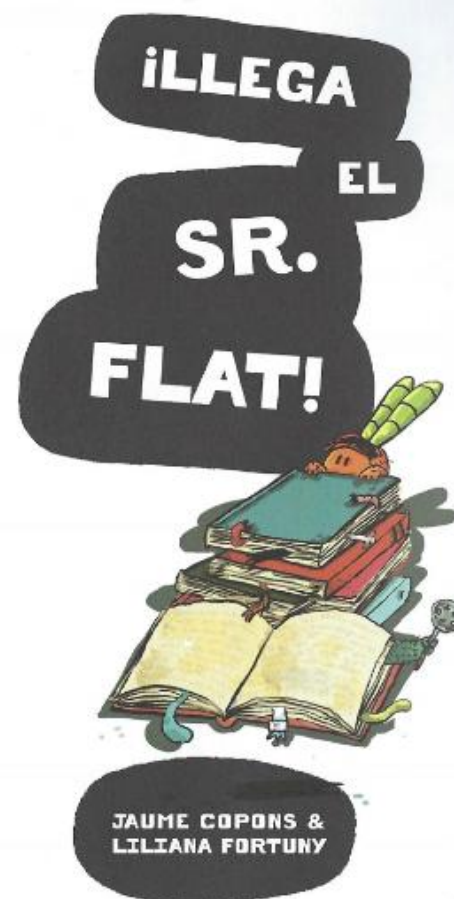
Depósito legal: B-16130-2014

Printed in Spain

Impreso en Índice, SL

Carrer D, 36 (Zona Franca) - 08640 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta
obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



JAUME COPONS &
LILIANA FORTUNY

COMBEL



**¡QUÉ DÍA,
AQUEL DÍA!**

—¡U ordenas la habitación o un día de estos te tiro a la basura todo lo que esté desordenado! —gritaba mi madre.

Me había levantado hacía apenas cinco minutos y mi madre no paraba de insistir con su famosa canción «Ordena la habitación». Yo la escuchaba desde la cocina mientras terminaba de desayunar, y no pude evitar sonreír porque me vino a la cabeza la mejor respuesta que podía darle:

—¡Mamá, si quieres, la ordeno ahora! —salté.

Ella no dijo nada, claro. Los dos sabíamos que ya no quedaba tiempo porque tenía que irme a la escuela.

—La ordenaré cuando vuelva de clase —le aseguré mientras la oía refunfuñar.



La verdad es que aquella manía de mi madre con el orden no tenía ninguna explicación, porque en realidad mi habitación tampoco estaba tan desordenada, o por lo menos eso es lo que a mí me parecía.



El día había empezado a gritos y no es que continuara mucho mejor. En cuanto llegué a la escuela me di cuenta de que todos mis compañeros iban de un lado para otro con unas carpetas azules.



Al final Lidia me explicó que teníamos que entregar todas las redacciones que habíamos escrito durante aquel trimestre. Pero... ¿cuándo lo habían dicho? ¿Y por qué yo no lo sabía? Siempre me pasan este tipo de cosas. Y a Lidia, que siempre lo hacía todo bien y en el momento oportuno, le parecía divertido.



Y COMO SE SUPONE
QUE IBA A SABER QUE TENÍAMOS
UN CALENDARIO DE CLASE?



Tengo que reconocer que lo peor de Lidia no es que fuera tan repelente y que le gustara que a los demás, y en especial a mí, las cosas nos fueran mal. Lo peor de Lidia es que era mi vecina, y no solo vivíamos en el mismo edificio, también vivíamos en el mismo rellano de escalera. Y era terrible, porque cada vez que Lidia se encontraba con mi madre le contaba las cosas que yo no había hecho y debería haber hecho o las cosas que había hecho y no debería haber hecho.



¡Menudo día! Primero mi madre con su cancioncilla de ordenar la habitación, y luego Lidia con sus redacciones. Pero la cosa aún no había terminado. Dos minutos después, Emma, la bibliotecaria de la escuela, se presentó en clase y, antes de que abriera la boca, ya supe que venía por mí.

El día anterior estuve jugando al escondite durante la hora del patio y me metí en la biblioteca. Cuando mis compañeros fueron a ver si me encontraban, salí corriendo para que no me vieran y, sin querer, tiré al suelo unos cuantos libros. Pensé que más tarde ya pasaría por la biblioteca para recogerlos, pero no lo hice. No me acordé.

Sí, tal como me temía, Emma me obligó a acompañarla a la biblioteca. Una vez allí, me extrañó bastante no verlo todo desordenado. Creí que ella quería que recogiera los libros, pero su mente perversa había pensado en un castigo mucho peor.



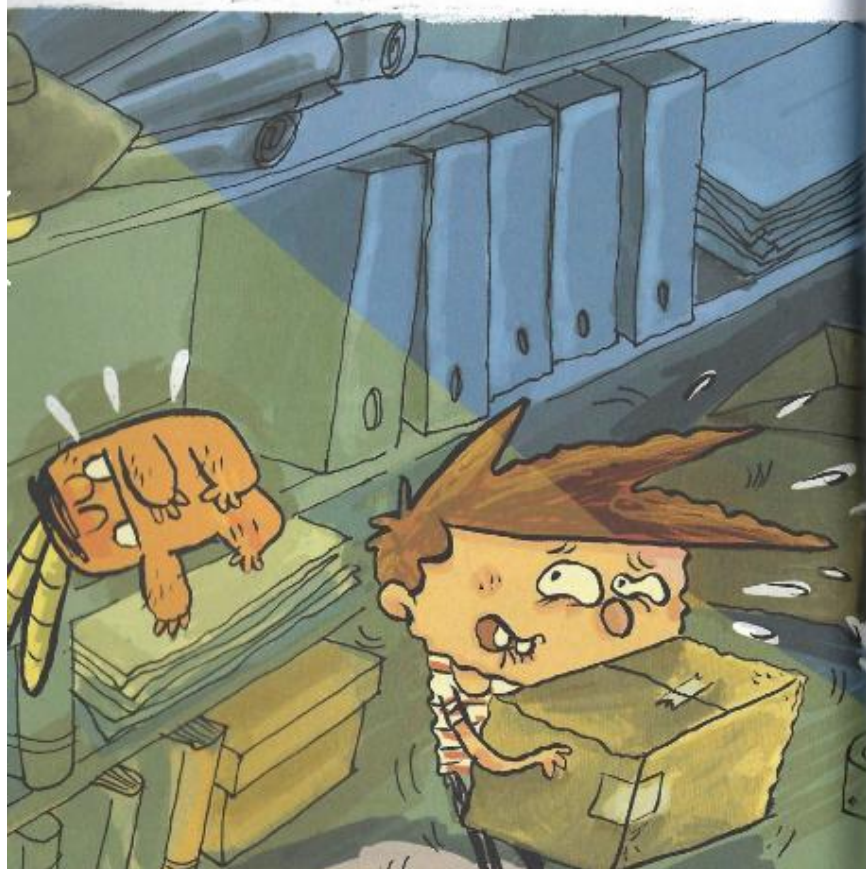
14



15

Mi trabajo consistía en llenar un montón de cajas de libros. Después tenía que dejarlas ordenadas y apiladas al lado de la puerta. ¡Realmente me pareció muy injusto!

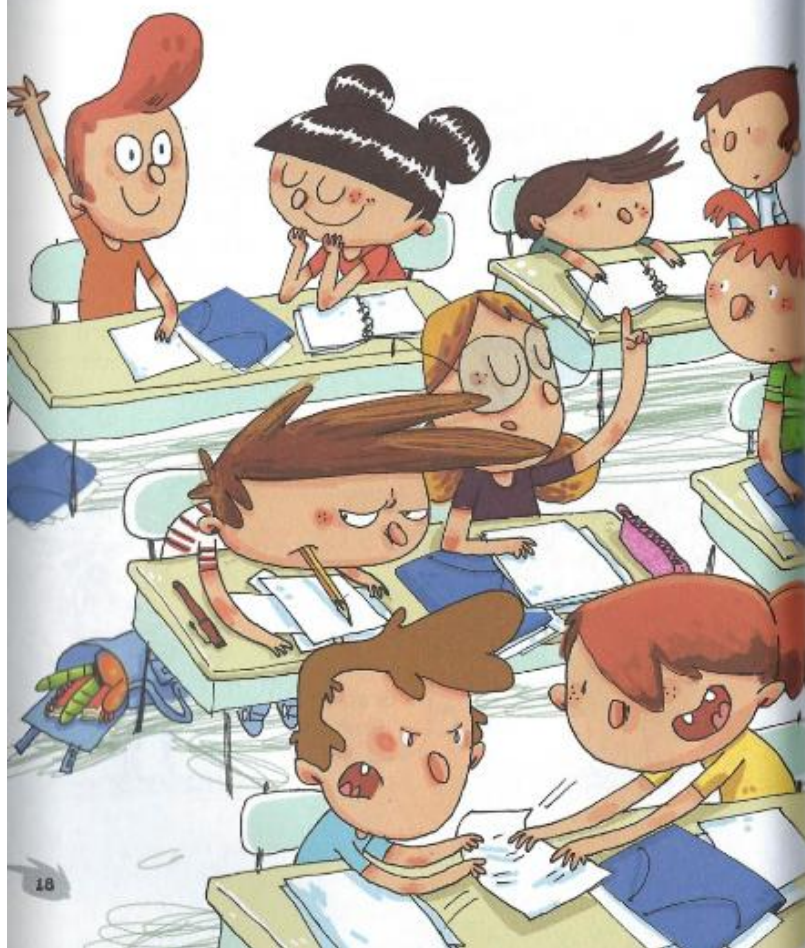
Estuve trabajando un buen rato en el almacén. ¿Sabéis lo que puede llegar a pesar una caja llena de libros? Y no fue una, no. Fueron dos, tres, cuatro, cinco... Y cuando ya había llenado la sexta, lo vi allí. Era un muñeco de color anaranjado, no demasiado grande. Estaba cubierto de polvo pero era gracioso. Tenía la boca y los ojos muy grandes. Según cómo, a cuatro patas, podría haber pasado por un perro o un gato, pero tal como estaba colocado parecía más bien un pequeño yeti divertido o... o un monstruo.



Un buen rato más tarde, cuando tuve todas las cajas apiladas, llamé a Emma, quien, todo hay que decirlo, quedó muy contenta con mi trabajo, y le pregunté de quién era aquel muñeco de color naranja.



Al cabo de cinco minutos ya estaba otra vez en clase, pero tuve que esperar a que mis compañeros regresaran del patio. Aproveché para dejar el muñeco dentro de mi mochila. No tenía ganas de que todo el mundo me preguntara de dónde lo había sacado.



Estaba contento porque era viernes y me esperaban dos días de tranquilidad total. Creía que las desgracias se habían terminado, pero me equivocaba. Ya estaba a punto de salir de clase cuando fui interceptado, justo antes de llegar a la puerta.



Agüé, quiero que traigas la carpeta el domingo y me la des justo antes de que empiece la Fiesta de la escuela.



¿Fiesta?
¿Qué Fiesta?



¡No me acordaba! Aquel fin de semana se celebraba el 25.º aniversario de la escuela, y el domingo había una fiesta a la que iban a asistir todos los alumnos. No me quedaba otra solución que llegar a casa y empezar a escribir una redacción tras otra sin parar hasta el domingo a la hora de ir a la escuela. ¡Uf, menudo día!

2

**¡QUÉ NOCHE,
AQUELLA NOCHE!**



En cuanto entré en casa fui a ver a mis padres, que estaban en la cocina. Lo primero que les dije fue que pensaba estar encerrado en mi habitación hasta el domingo a la hora de ir a la fiesta de la escuela. Tenía que terminar las redacciones como fuera. Se quedaron un poco extrañados porque era la primera vez en mi vida que les hablaba de deberes, pero creo que les gustó.

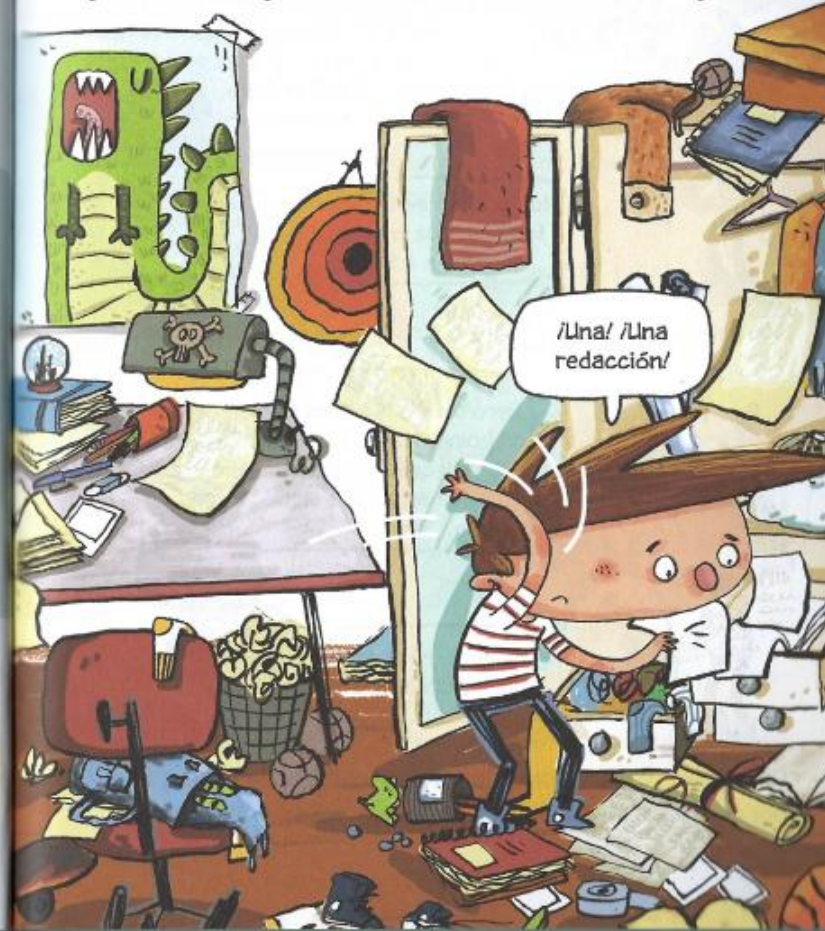
Agus, me alegro de que te haya dado por trabajar, hijo. ¡Pero tampoco hay que exagerar!

Y ya puestos, ¿no podrías ordenar la habitación?

¡Qué obsesión con lo de la habitación!



Una vez en mi habitación, me di cuenta de que, como tenía la mesa llena de cosas, no podía trabajar. Entonces extendí un brazo encima de la mesa y lo desplazé con un barrido hasta la otra punta de la mesa. Así conseguí que quedara completamente vacía y lista para trabajar. Después abrí el armario, porque pensé que era posible que apareciera alguna redacción. La verdad era que las había ido escribiendo a lo largo del trimestre, pero a medida que las había escrito también las había perdido.



¡Sí, solo una! ¡Solo encontré una de las redacciones! Y, no sé por qué, la empecé a leer. A lo mejor porque ni me acordaba de lo que había escrito o porque quería comprobar si estaba mínimamente bien.

LA ÚNICA REDACCIÓN QUE ENCONTRÉ



Me pareció oír una voz, pero no le di ninguna importancia.



Oí otra vez la voz y pensé que mi padre debía de haber pasado por delante de mi habitación y había dicho algo.

... En aquel momento, el día que quería ser noche decidió que ser noche era interesante, pero aún era mejor ser día. Y, desde entonces, fue un día radiante y soleado.



Esta vez oí claramente aquella voz. Y, aunque parezca extraño, me pareció que venía de mi mochila.

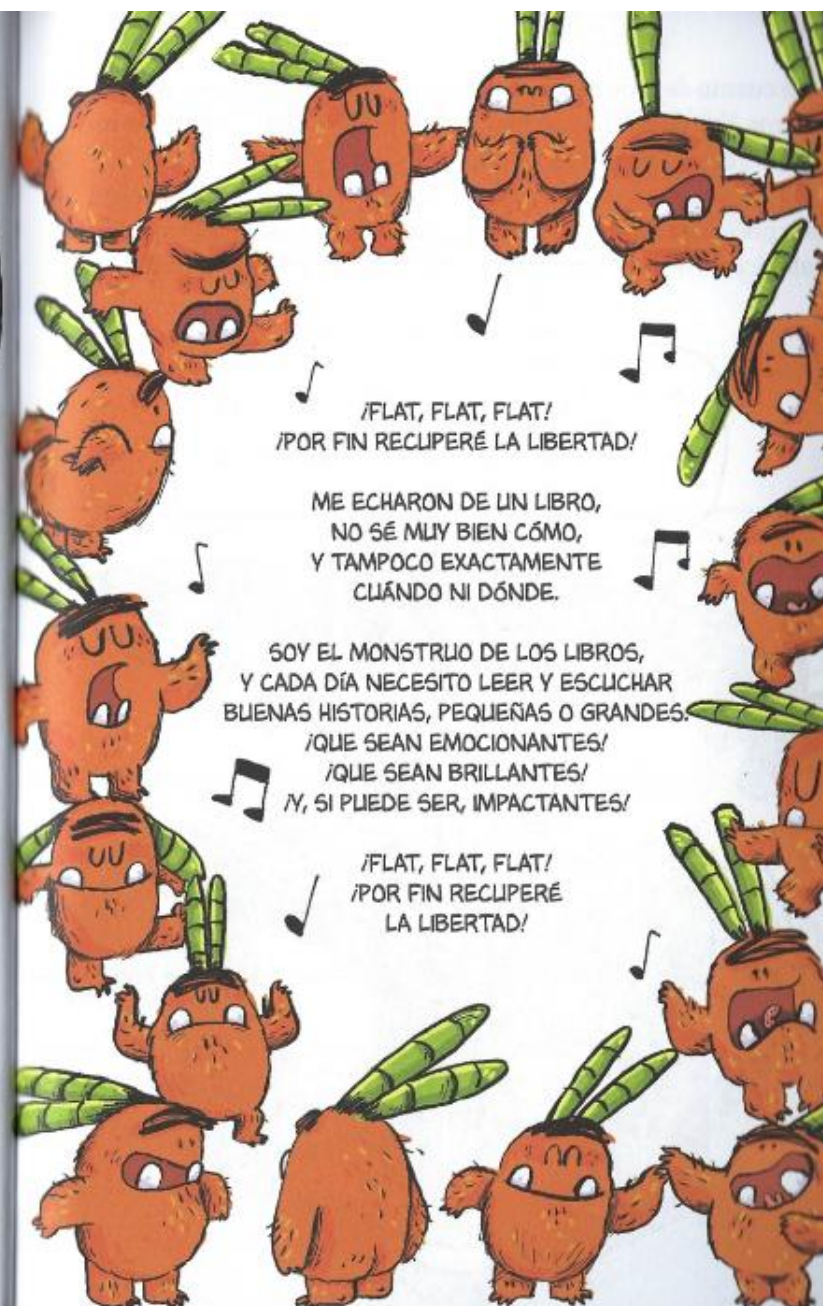


De repente lo vi. Allí estaba, había salido de mi mochila y se erizaba y sacudía para librarse del polvo que lo cubría. ¡No me lo podía creer! ¿Qué era aquello? ¿Un extraterrestre? ¿Un duende? Un... ¿monstruo? Yo no sabía qué decir, pero debido a la sorpresa tampoco podía cerrar la boca.



Tras las presentaciones, el monstruo de los libros me explicó que para estar despierto necesitaba leer o escuchar buenas historias, y que si no las leía o las escuchaba se quedaba hecho polvo, quieto como si fuera un muñeco, como yo lo había encontrado en el almacén de la biblioteca.

Aquello era muy bestia, pero aún fue más bestia lo que pasó a continuación. Aquel monstruo que levantaba menos de un palmo del suelo (bueno, eso depende bastante del palmo) se puso a bailar y a cantar para contar su historia.



En cuanto dejó de bailar, el Sr. Flat me preguntó otra vez por mis libros. Le enseñé los que tenía y los observó atentamente. De repente, escogió uno. Era *La isla del Tesoro*.

—¡Qué gran historia! —dijo el Sr. Flat—. Venga, chaval, acelera un poco, que he estado mucho tiempo encerrado en ese maldito almacén. Necesito una buena historia ahora mismo. ¡A leer!

Querido Agus Pianola: no sabes las ganas que tenía de reencontrarme con Jim Hawkins, Long John Silver y el resto de los personajes de esta novela.

¡Y una botella de ron!

Quince hombres sobre el baúl del muerto...
¡Yo-jo-jo, y una botella de ron!

¿Qué es eso que canta, Sr. Flat?

¡La canción de los piratas, chaval, la canción de los piratas! ¡La cantan todos los piratas de *La isla del Tesoro*!

Mientras me preparaba para empezar a leer, el Sr. Flat se puso a saltar encima de mi cama. Estaba contento y feliz, y esa alegría se me contagió.

Empecé a leer el primer capítulo, pero el Sr. Flat me detuvo. Me pidió que le leyera la dedicatoria. Yo ni siquiera había reparado en ella, pero la verdad es que aquel texto me impactó mucho. Sí, me costó un poco entenderlo, pero me impactó.



Si los cuentos que narran los marinos,
hablando de temporales y aventuras,
de sus amores y sus odios,
de barcos, islas, perdidos robinsones
y bucaneros y enterrados tesoros,
y todas las viejas historias, contadas una vez más
de la misma forma que siempre se contaron,
encantan todavía, como hicieron conmigo,
a los sensatos jóvenes de hoy:
¿qué más pedir? Pero si ya no fuera así,
si tan graves jóvenes hubieran perdido
la maravilla del viejo gusto
por ir con Kingston o con el valiente Ballantyne,
o con Cooper y atravesar bosques y mares:
Bien. ¡Así sea! Pero que yo pueda
dormir en el sueño eterno con todos mis piratas
junto a la tumba donde se pudran ellos y sus sueños.*

R. L. Stevenson

* Robert Louis Stevenson. *La isla del Tesoro* (traducción de José María Álvarez).
Madrid: Anaya, 2012.

Estuve leyendo un buen rato. En realidad mucho más tiempo del que había leído jamás en voz alta. A veces, el Sr. Flat se levantaba y, exageradamente, ejecutaba alguna de las acciones que yo leía: caminaba como un pirata cojo o saltaba si algún personaje lo hacía. Me moría de risa. Era la caña, el Sr. Flat. Pero, de repente, tuvimos que parar de leer. ¡Era la hora de cenar!



3

DEFINITIVAMENTE, LA BUENA NOCHE DE UN MAL DÍA



Como cada viernes, tocaba cenar pizza. Yo siempre tuneaba la mía y aquella noche se me ocurrió ponerle un huevo encima. Estaba deliciosa. Me la comí en tres minutos y, antes de darle el último bocado, me levanté para anunciar a mis padres que volvía a mi habitación.



No. No había pensado en las redacciones ni en ordenar la habitación. ¿Hay alguien que pueda pensar en redacciones y habitaciones cuando acaba de conocer a un monstruo? En cuanto regresé a mi habitación, me tumbé en la cama con el Sr. Flat y nos pusimos a leer.



El Sr. Flat tenía razón. A veces, cuando regresas a un lugar que te ha gustado, aún te gusta más. Y pensé que con los libros, más o menos, debía de pasar lo mismo.



El Sr. Flat eligió otro libro, *Peter Pan*. Y me puse a leer:

—Todos los niños, salvo uno, crecen —leí—. Y no tardan demasiado en saber que crecerán.

—Ah, Peter y Wendy... ¡Cuánto tiempo! —me interrumpió el Sr. Flat—. Y Garfio, Smee y los demás... Era un buen chaval, Barrie.

—¿Barrie? —le pregunté extrañado.

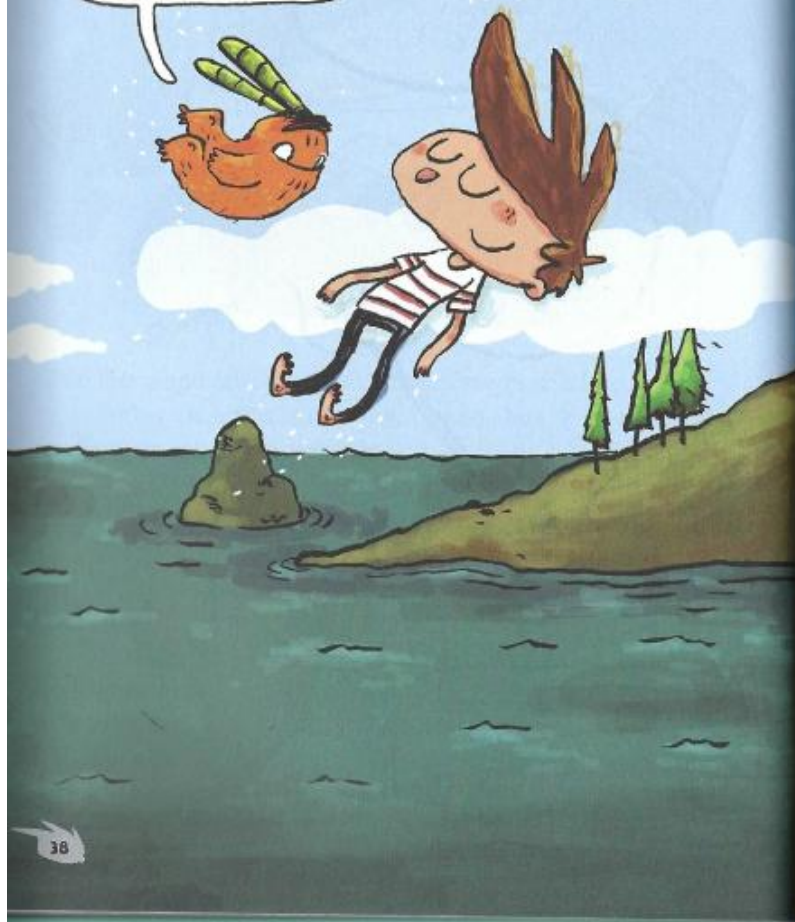
—Sí, James Barrie, el autor de la novela. ¿Sabías que *Peter Pan*, antes de ser una novela, fue una obra de teatro?

No, no lo sabía, pero empezaba a intuir que aquellos libros que había tenido muertos de asco en la habitación eran mucho más interesantes de lo que yo había pensado hasta entonces.



Mientras el Sr. Flat y yo leíamos, tuve la sensación de que los dos volábamos entre las nubes, por encima de los tejados, hacia la isla de Nunca Jamás, con Peter, Wendy y sus hermanos.

A mí me gusta mucho cómo suena el nombre de la isla en inglés: /Neverland/



Estuvimos un buen rato leyendo *Peter Pan* y, cuando terminamos, el Sr. Flat me pidió que cambiáramos otra vez de libro. Como había hecho con *La isla del Tesoro*, marqué la página donde había dejado de leer. Pensé que más tarde encontraría el momento de acabar el libro. Esta vez el Sr. Flat eligió *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain.

—Una de las partes que más me gustan de esta novela es cuando castigan a Tom Sawyer y le ordenan pintar la cerca del jardín —me explicó el Sr. Flat—. Tom consigue que sus amigos la pinten por él porque los convence de que pintar cercas es la mar de divertido.



Lo que me parece extraño es que alguien con un nombre tan bonito y sencillo como Samuel Langhorne Clemens se hiciera llamar Mark Twain. ¡Qué cosas tienen los novelistas!

Un rato más tarde, cuando el Sr. Flat me pidió que cambiáramos otra vez de libro, aproveché para hacerle una pregunta que hacía rato que me rondaba por la cabeza.

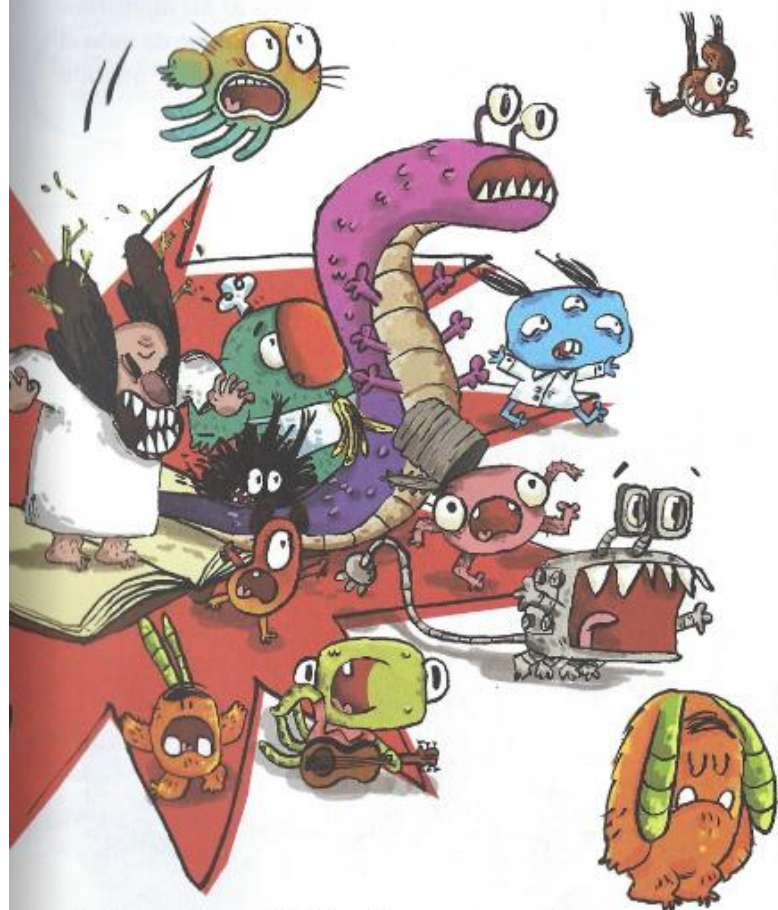


LA EXPULSIÓN DEL LIBRO DE LOS MONSTRUOS EXPLICADA POR EL SR. FLAT

Un mal día, un tal Dr. Brot entró en el *Libro de los monstruos* con su ayudante Nap. En poco tiempo se hizo amigo de todo el mundo y se convirtió en un personaje muy popular y querido por los monstruos.



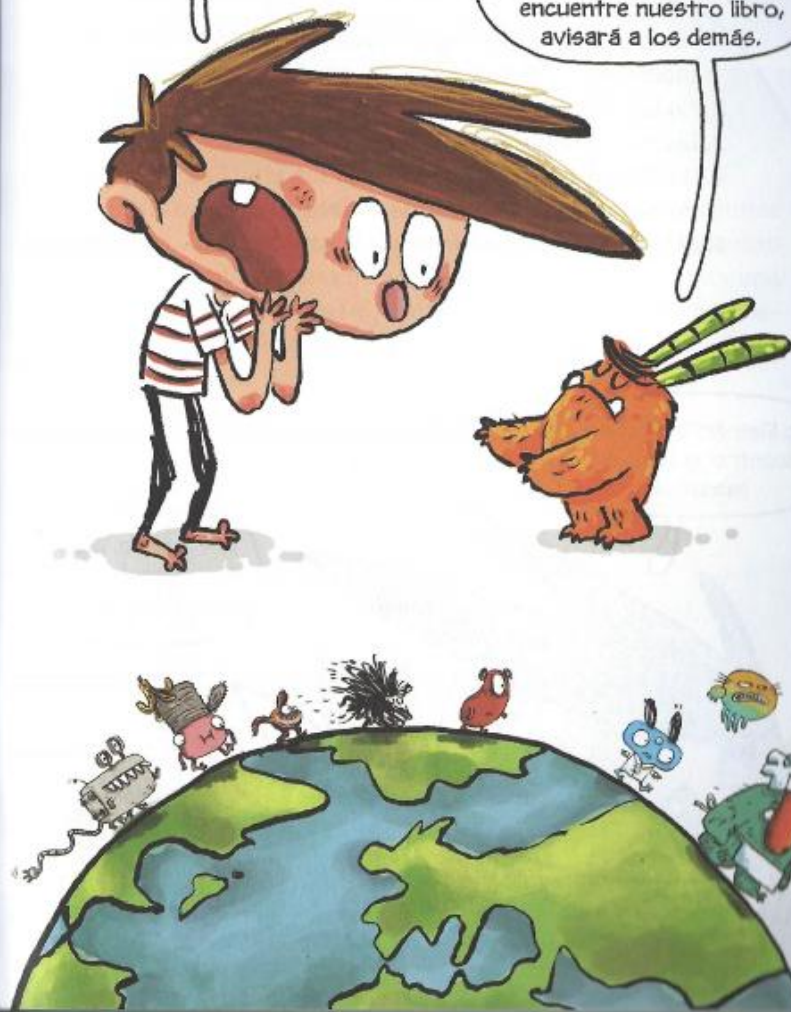
Pero el Dr. Brot nos engañó. Una noche nos invitó a todos a cenar para celebrar su cumpleaños. Y, al día siguiente, cuando nos despertamos, ya no estábamos en nuestro libro.



No sabemos por qué lo hizo. Ni por qué nos odiaba tanto. Nadie sabe por qué el Dr. Brot es tan malvado.

Vale, ya no estabais en vuestro libro, pero entonces ¿dónde estabais?

¿Tú dónde crees que estábamos? ¡Aquí! /En el mundo real!... Todos los monstruos nos dispersamos por el mundo. Y cuando uno de nosotros encuentre nuestro libro, avisará a los demás.



Me dio mucha pena aquella historia que me contó el Sr. Flat. Y sentí que tenía que ayudarlo.

LAS COSAS QUE ME HICIERON PENSAR QUE TENÍA QUE AYUDAR AL SR. FLAT

1. Me pareció una buena persona, o más bien un buen monstruo.
2. No había derecho a que lo hubieran echado de su libro.
3. Estaba claro que el Dr. Brot no era de fiar.
4. Hacía muy poco que nos conocíamos, el Sr. Flat y yo, pero podía notar claramente que éramos amigos.
5. El Sr. Flat no se merecía lo que le había pasado.

Sr. Flat, ¡yo le ayudaré a encontrar el Libro de los monstruos!

¡Me gustas, Agus Pianola, me gustas!

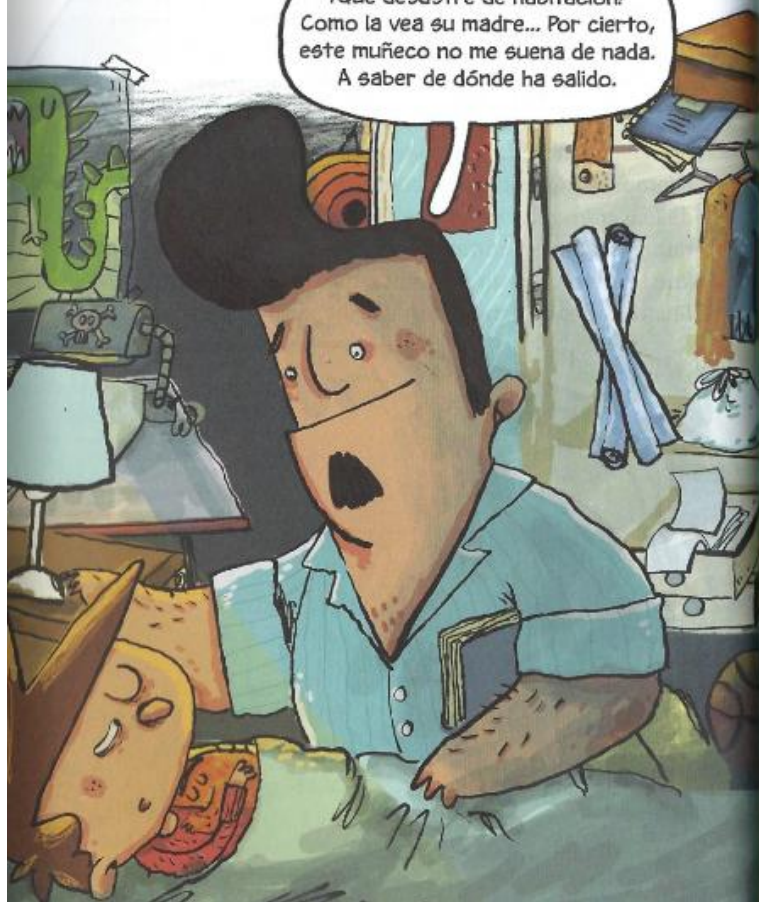


Aquella noche el Sr. Flat y yo nos quedamos dormidos mientras leíamos. Lo último que recuerdo es que leíamos un fragmento de *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame, y un topo y una rata paseaban mientras el viento aullaba. Creo que incluso llegué a notar el viento en la cara, mientras el Sr. Flat elogiaba las ilustraciones de Ernest Howard Shepard.



El Sr. Flat y yo dormíamos como marmotas cuando mi padre, como cada noche, entró en mi habitación para apagar la luz. Abrí un ojo (y también una oreja) y le vi claramente la cara y oí perfectamente lo que decía.

¡Qué desastre de habitación!
Como la vea su madre... Por cierto,
este muñeco no me suena de nada.
A saber de dónde ha salido.



4

AGUS Y EL MONSTRUO DE LOS LIBROS



Primero abrí un ojo y, luego, el otro. Miré durante un instante la luz que se filtraba por entre las rendijas de la persiana y respiré hondo. Y, de golpe, me dio un ataque de: «Y si...». Y si esto, y si aquello, y si lo otro...

ALGUNOS «Y SI...» DE MI ATAQUE DE «Y SI...»

¿Y si el Sr. Flat se había marchado? ¿Y si no existía?
 ¿Y si me lo había imaginado yo? ¿Y si me había vuelto loco?
 ¿Y si solo era un muñeco?



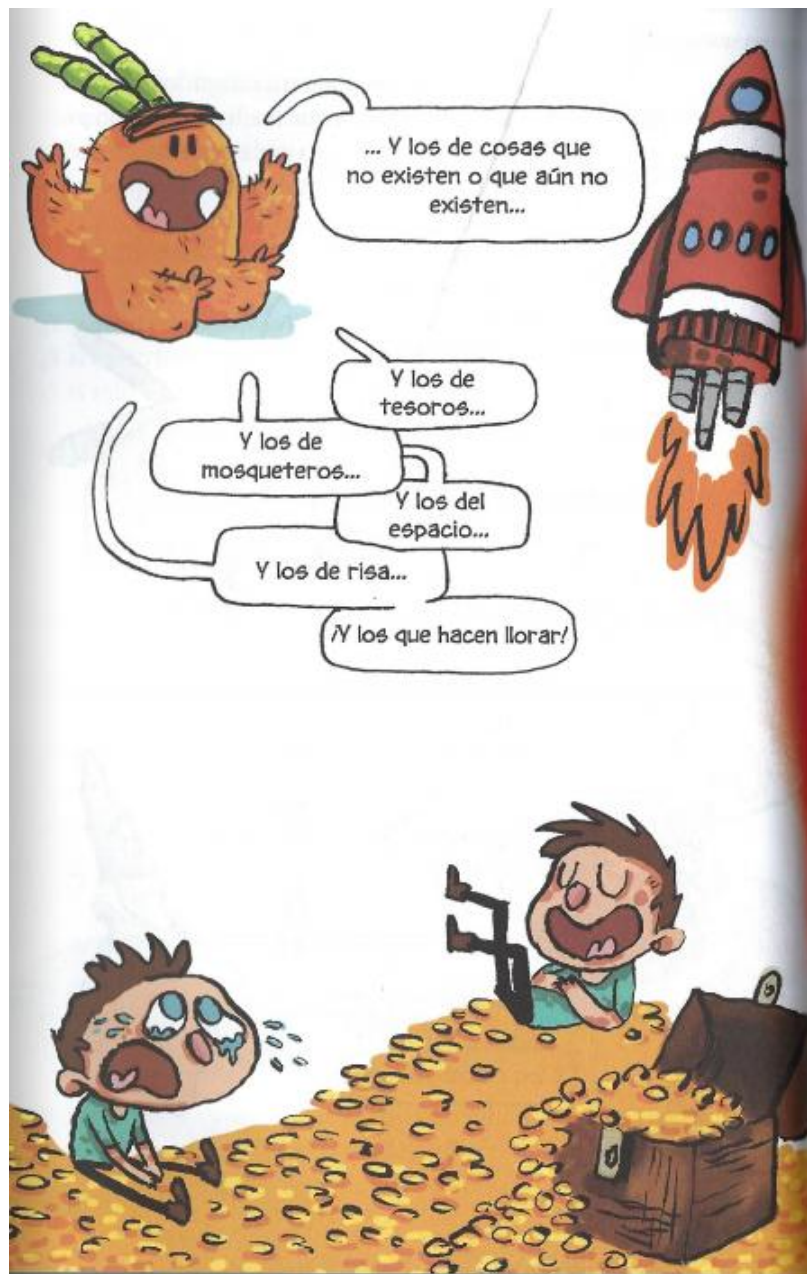
Me daba miedo volverme y que el Sr. Flat no estuviera allí, pero, de repente, oí un ronquido muy suave ¡y allí estaba! Era él. ¡Y dormía!



Me sentí un poco estúpido, porque preguntarle si duerme a alguien que está durmiendo en realidad es totalmente estúpido.

Para compensar un poco mi estupidez, le expliqué al Sr. Flat una idea que me había pasado por la cabeza. Si él quería, yo cada semana tomaría prestados libros de la biblioteca de la escuela para que los pudiéramos leer juntos.





Como nos habíamos despertado muy pronto, el Sr. Flat y yo pudimos leer y holgazanear un buen rato. Más tarde él me contó la historia de un tipo que, según el Barón de Munchausen, era el hombre más veloz del mundo. Para demostrármelo, se desplazó a toda velocidad por la habitación dejando tras de sí una estela anaranjada.



El Sr. Flat aún no se había detenido cuando, de repente, se abrió la puerta. Entonces frenó en seco y se quedó plantado en medio de la habitación, como si fuera un muñeco. Y, justo en aquel momento, mi padre asomó la cabeza.



Mientras desayunaba, mi padre me dejó muy claro por qué tenía que ir a la escuela. Me había apuntado al torneo de baloncesto para celebrar el 25.º aniversario de la escuela y, según él, ahora estaba obligado a ir.



Mis padres ya lo tenían todo organizado. Mi padre y yo íbamos a la escuela y mi madre iba a comprar y luego se reuniría con nosotros. ¿Y el Sr. Flat? ¿Qué pasaba con el Sr. Flat?

Es mejor que venga conmigo a la escuela, Sr. Flat.

¡Pero es que yo tengo que ir!

¡Ni hablar! Me quedaré aquí descansando.

Bueno, pues si tienes que ir, ve. Ya nos veremos más tarde. Yo leeré.



No hubo manera de convencer al Sr. Flat para que viniera conmigo a la escuela. Prefería quedarse en casa. Me di cuenta de que era bastante cabezón y de que, cuando decidía algo, lo decidía y punto. Me costó, pero al final encontré mi equipo de deporte.

Mientras nos dirigiáramos a la escuela, mi padre aprovechó para echarme un discursito, porque mi padre es muy de discursitos.

Verás, Agus, cuando nos comprometemos con lo que sea, no podemos echarnos atrás. ¿Entiendes? Tenemos que ser responsables! Cuando se acabe el torneo, si quieres, volvemos a casa y podrás hacer los deberes.

A mí esta idea de la responsabilidad me la inculcó mi abuelo, y a él se la inculcó el suyo. Por eso en nuestra familia siempre hemos sido muy responsables. ¿Entiendes?

Además, fuiste tú quien se comprometió. Nadie te obligó a apuntarte al torneo, ¿verdad? Pero es bonito que participes en las actividades del 25.º aniversario de la escuela.

Implicarse es necesario. ¿Entiendes?

¿El qué?



Como fui el último en llegar a la escuela, mis compañeros, nerviosos, ya me esperaban en la puerta. Faltaban cinco minutos para que empezase el torneo.



En cuanto empezó el partido quedó claro que las expectativas de mis compañeros eran un poco exageradas. Los del otro equipo eran más altos, más fuertes y, en definitiva, jugaban mejor.



79:59	
ESCUELA DEL PUENTE	ESCUELA FAHRENHEIT
0	88



Pero no. No remontamos. Fue el partido más patético de mi vida, y eso que ya había jugado varios partidos patéticos. No conseguimos ni un punto, porque el equipo de la escuela Fahrenheit era increíblemente bueno y no nos dejó ni respirar. ¡Pero no todo era malo! Como nos habían eliminado del torneo, ya podía volver a casa con el Sr. Flat.

Habría podido irme a casa inmediatamente tras el partido, pero se produjo aquel fenómeno tan curioso que consiste en que tu padre o tu madre se ponen a hablar con alguien y ya no hay manera de que callen o se muevan. Al final lo conseguí, pero me costó un buen rato y, encima, después tuve que aguantar un discursito de mi padre sobre la paciencia y la necesidad de aprender a esperar.



Al final mi padre entendió que yo tenía que acabar los deberes y nos fuimos a casa. Pensábamos que encontraríamos a mi madre por el camino y, aprovechando el trayecto, mi padre me soltó otro de sus discursitos:

Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,

bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla...

Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla...

Bla.

Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla...

5

¿DÓNDE ESTÁ EL SR. FLAT?



En cuanto mi padre y yo llegamos a casa, me fui disparado a mi habitación. Y allí tuve una sorpresa terrible. ¡La habitación estaba ordenada! Pero la sorpresa no fue esta. La sorpresa fue que no encontré al Sr. Flat. ¡No estaba en la habitación!

Tuve un mal presentimiento, un muy mal presentimiento. Pensé que mi madre finalmente había cumplido su amenaza y había tirado todas las cosas que tenía desordenadas. ¡Las piernas me temblaban!



Me fui a la cocina para mirar en la basura. Y allí encontré dos bolsas llenas con las cosas de mi habitación, justo donde mis padres solían dejar la basura para llevarla al contenedor. Sin dudarle ni un segundo, me puse a rebuscar en las bolsas y encontré todo tipo de cosas, pero no al Sr. Flat.

ALGUNAS DE LAS COSAS QUE ENCONTRÉ DENTRO DE LAS BOLSAS

Apuntes de mates y de inglés
Una revista de videojuegos
Media pulsera de reloj
Una gorra de béisbol
Cromos
Un calcetín de deporte

Tres bolis y un lápiz
Dibujos de aviones
Un yoyó sin cuerda
Dos cristales de gafas de sol
Un cuerno reseco de cruasán



No solo me temblaban las piernas, también empezaba a notar una especie de dolor de garganta que siempre me entra cuando tengo ganas de llorar. Pero entonces oí la puerta de la calle y corrí hacia ella. Pensé que podía ser mi madre. Y sí, era mi madre.



Como insistí mucho en saber qué había pasado, mi madre me contó un larga historia de terror, que yo resumiré para no hacerme pesado.

LA HISTORIA DE TERROR QUE ME CONTÓ MI MADRE, RESUMIDA EN TRES PARTES

Cuando mi madre me ordenó la habitación, recordó que, en la escuela, los alumnos de último curso montaban un mercadillo para vender juguetes y así ganar dinero para su viaje de fin de curso.



Y no se lo pensó ni un momento. Agarró al Sr. Flat y todo lo que no estaba en su sitio y se lo llevó a la escuela para dejarlo en el puesto del mercadillo.



Y, allí, entre juguetes viejos, otros muñecos y todo tipo de objetos absurdos, como por ejemplo tazas de té con forma de rana, quedó abandonado el pobre Sr. Flat.

¡Casi me da un ataque! Aún no sé cómo, convencí a mi padre para que me acompañara de nuevo a la escuela. Pero antes de irnos pasé por la habitación y, con un cuchillo, saqué mi hucha. No dejé ni un céntimo. Costara lo que costara, compraría al Sr. Flat y me lo volvería a llevar a casa.



Una vez en la escuela, fui directamente al puesto del mercadillo. Tenían toda clase de cosas extravagantes, pero el Sr. Flat no estaba.

... ¿Pero no tenéis una especie de muñeco de color naranja?

¡Ah, sí! Teníamos uno. ¡Pero hace cinco minutos se lo ha llevado una niña de tu clase!



De repente vi un grupito de chicas de mi clase alrededor de la fuente del patio, y me fui directo hacia allá. Pensé que quizás alguna de ellas podía tener al Sr. Flat.



Mis compañeras me contaron que Lidia ya se había ido a casa. Y yo, por primera vez en mi vida, pensé que era una gran suerte que Lidia Lines y yo viviéramos en el mismo rellano de escalera. ¡Solo tenía que arrancar a mi padre de la escuela y volver a casa!



Y, evidentemente, camino de casa, mi padre no pudo evitar soltar otro de sus discursitos. La verdad es que, en esta ocasión, no recuerdo de qué iba.



Ni siquiera entré en casa. Me quedé en el rellano de la escalera y llamé a la puerta de Lidia. Me abrió su padre, el Sr. Lines. Era un hombre tan repelente como su hija o incluso más. Y además me ponía muy nervioso porque siempre me llamaba «majo»: majo por aquí, majo por allá, majo esto, majo aquello...



Le dije al padre de Lidia que volvería a las siete y me di la vuelta. Me sacaba de quicio que aquel hombre creyera que quería ver a Lidia para saber qué deberes teníamos para el lunes. Pero estaba tan preocupado por el Sr. Flat que no perdí ni un segundo pensando en eso. Le había dicho a mi nuevo amigo que le ayudaría a encontrar su libro y lo único que había conseguido era perderlo. Estaba hecho polvo y, sobre todo, me di cuenta cuando me vi en el espejo.

MI IMAGEN REFLEJADA EN EL ESPEJO



6

**¡HORAS, HORAS
Y MÁS HORAS!**



Utilicé la excusa de los deberes para volver a encerrarme en mi habitación. Y la verdad es que hubiera podido escribir unas cuantas redacciones, pero no tenía la cabeza para nada. Solo podía pensar en el Sr. Flat. En manos de Lidia, podía pasarle cualquier cosa, porque Lidia es de esa clase de personas que siempre hacen muy bien los deberes, pero era un misterio saber cómo reaccionaría si el Sr. Flat empezaba a hablar.



Posible reacción A



Posible reacción B

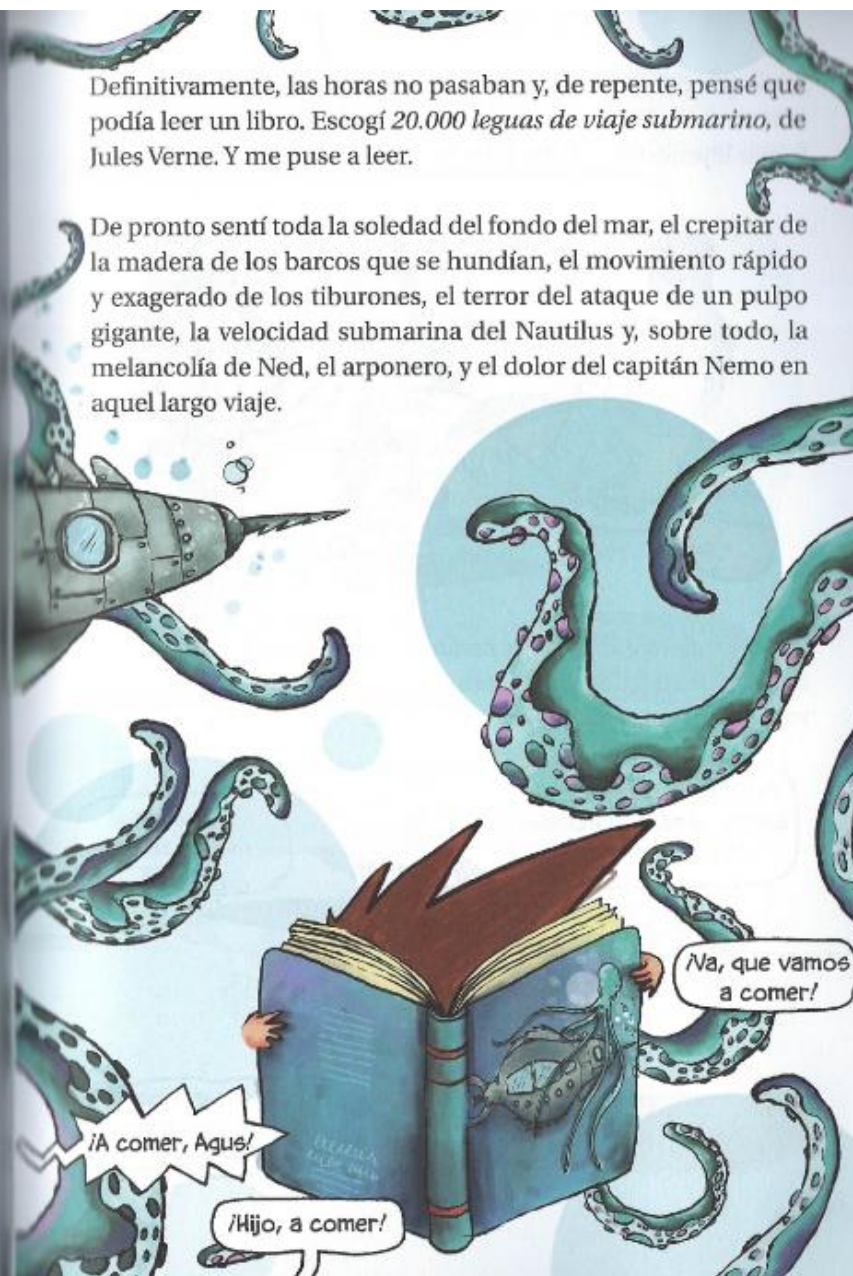


Posible reacción C

Estaba triste, nervioso y muy enfadado con mi madre, aunque todavía estaba más enfadado conmigo mismo. Si hubiera ordenado mi habitación, aunque solo hubiera sido un poco...

Definitivamente, las horas no pasaban y, de repente, pensé que podía leer un libro. Escogí *20.000 leguas de viaje submarino*, de Jules Verne. Y me puse a leer.

De pronto sentí toda la soledad del fondo del mar, el crepitar de la madera de los barcos que se hundían, el movimiento rápido y exagerado de los tiburones, el terror del ataque de un pulpo gigante, la velocidad submarina del Nautilus y, sobre todo, la melancolía de Ned, el arponero, y el dolor del capitán Nemo en aquel largo viaje.



Tuve que hacer una parada técnica para almorzar. Pero comí con un embudo para poder volver enseguida a mi habitación y seguir leyendo el libro de Jules Verne.



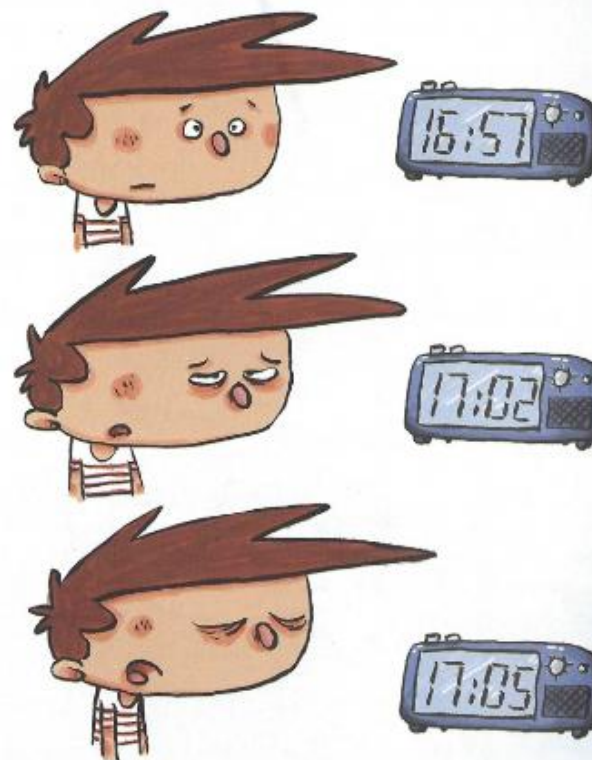
Espero que nadie se haya creído lo del embudo. Solo es una manera de decir que comí tan deprisa como pude para poder volver a mi habitación y seguir leyendo.

Pero ¿qué pretendes?
¿Batir el récord mundial
de comer rápido?

¿Y ahora qué
mosca te ha
picado?

¡Es que tengo
que seguir haciendo
deberes!

Volví a mi habitación para proseguir la lectura, acompañado por el Capitán Nemo, el inmenso arponero y el resto de los personajes. Pero, hacia las cinco, poco a poco se me empezaron a cerrar los ojos.



Y sí, me quedé frito. Totalmente frito. No me di ni cuenta del momento en que me dormía. Y tuve un sueño o una pesadilla. Bueno, todo depende de cómo se mire.

En mi sueño me encontraba en un bosque marino, pero aunque estaba sumergido podía respirar perfectamente. Incluso oía una música y me llegaba un ligero olor a menta. Estaba un poco oscuro y no veía lo que me rodeaba, pero yo estaba bastante tranquilo. No tenía miedo. Además, vi pasar un submarino muy extraño y dentro había gente que me saludaba amistosamente.



De repente noté que alguien pasaba por detrás de mí, pero cuando me volví no vi a nadie. Y esto me pasó tres o cuatro veces, hasta que me volví muy deprisa y vi a un montón de monstruos mirándome.



¿Habéis visto
al Sr. Flat?

¿Alguien ha visto
al Sr. Flat?

No me hacían ni caso, pero todos parecían contentos y asentían con la cabeza. Y entonces oí claramente una voz que me sonaba muy familiar, ¡terriblemente familiar!

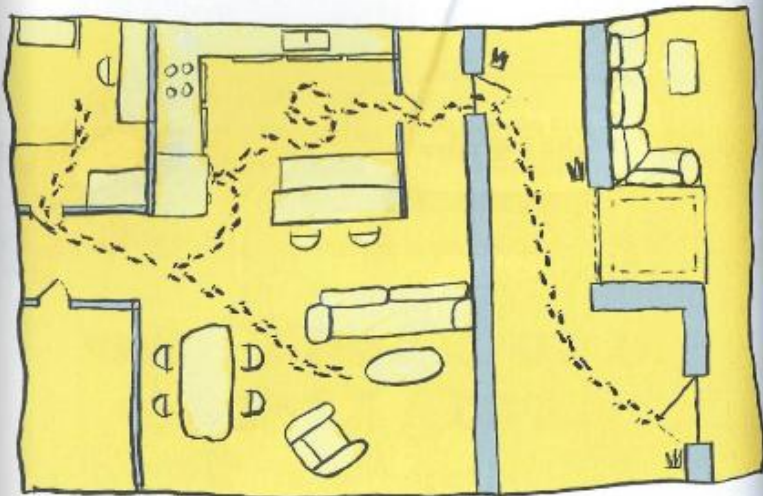


¿Ha pasado por
aquí el Sr. Flat?

¿Conocéis al Sr. Flat?

¡Aaaaaaaguuu, venga, que son
las siete!

Por suerte, la voz que oí fue la de mi padre, que me despertaba porque se había acordado de que yo le había dicho que, pasara lo que pasara, a las siete tenía que ir a casa de Lidia.



Me metí en el bolsillo las monedas que había sacado de la hucha, respiré hondo e inicié el trayecto hacia casa de Lidia. Era un trayecto corto, pero muy importante.



7

NEGOCIANDO CON LIDIA LINES



Había llegado la hora de la verdad. Solo tenía que llamar a la puerta, hablar con Lidia y recuperar al Sr. Flat. Si era necesario, le pagaría lo que ella se hubiera gastado en el puesto de la escuela. Lo haría sin ningún problema. Pero con lo que no contaba era que, otra vez, fuera el repelente de su padre quien abriera la puerta.



¡Qué pregunta más tonta! Pues claro que quería que avisara a Lidia. ¿Qué creía que había ido a hacer a su casa? ¡Y qué manía con lo de majo!



¡Lidia y su padre eran clavaditos! Intenté no ponerme nervioso mientras le contaba la historia del Sr. Flat. Bueno, no le conté la verdadera historia, sino la historia que me inventé en ese momento.

LA HISTORIA QUE ME INVENTÉ SOBRE EL SR. FLAT



Le dije que el Sr. Flat había sido mi primer muñeco y que lo quería mucho.



También le dije que no podía dormir sin él.



Y que mi madre, por equivocación, había creído que yo ya no lo quería...



... y por eso lo había llevado al mercadillo de la escuela.



Entonces, en el mercadillo, me dijeron que ella había comprado el muñeco...



... y yo decidí que, si era necesario, me gastaría los ahorros de toda una vida para recuperarlo: ¡exactamente un montón de euros! Y ahora me disponía a pagarle lo que ella se hubiera gastado para recuperar al Sr. Flat.

Cuando acabé de contar la historia del Sr. Flat, Lidia no dijo nada. Y esta es una de las cosas más horribles que pueden pasar: que acabes de contar una historia y no te digan nada. Pero al final, como yo tampoco dije nada, ella se vio obligada a hablar. ¡Y eso aún fue peor!



Me indigné. No solo le había cambiado el nombre por otro tan absurdo como Bladi. ¡Además lo había perdido! ¡Y estaba tan tranquila! Mientras me contaba lo que había pasado, casi me la cargo.

LA EXPLICACIÓN DE LIDIA LINES



Realmente Lidia se había convertido en la reina de la repelencia. ¡Y de su tía mejor no hablar! ¡Cómo se le había pasado por la cabeza decir que el Sr. Flat era viejo y sucio? ¡Daba igual! Pero aún quedaba por contestar la gran pregunta: «¿Y ahora qué?».



Y, de repente, Lidia fue a su habitación y, al salir, se sacó las manos de detrás de la espalda y, muy orgullosa, me mostró un peluche repugnante, un chihuahua. Sin duda, ese era el muñeco que le había comprado su tía.

Yo tenía muchas preguntas. Tenía tantas preguntas que me notaba la cabeza como rellena de corcho.

Pero ¿cómo ha podido perder al Sr. Flat?

¿Cuándo se dio cuenta de que lo había perdido? ¿Por qué no volvió al cine?

¿Cómo puede haberse conformado con aquel perro estafalario que le ha comprado su tía?

¿Cómo puede ser que se le haya ocurrido un nombre tan horrible como Bladi?

¿Bladi? ¿Pipim?

¿De dónde saca esos nombres?

Aquellas preguntas me tenían totalmente paralizado, pero, de repente, estallé porque supe exactamente qué pregunta tenía que hacerle.

Mira, Lidia, tengo muchas preguntas, pero la pregunta definitiva es...

... ¿se puede saber a qué cine has ido?



No le dije nada más a Lidia. Durante una décima de segundo pasaron por mi cabeza toda clase de desgracias. Y estas fueron las más bestias:

¡Tal vez el Sr. Flat había sido atropellado!



¡Tal vez lo había pillado un perro!



¡Tal vez lo había encontrado el temible Dr. Brot!



Pero en cuanto hubo pasado aquella décima de instante, desaparecí del rellano de la escalera. Dejé a Lidia allí plantada y empecé a bajar las escaleras como alma que lleva el diablo.



¡Agus, eres un maleducado! ¡No le has dicho ni hola a Pipim!

8

EN BUSCA DEL SR. FLAT

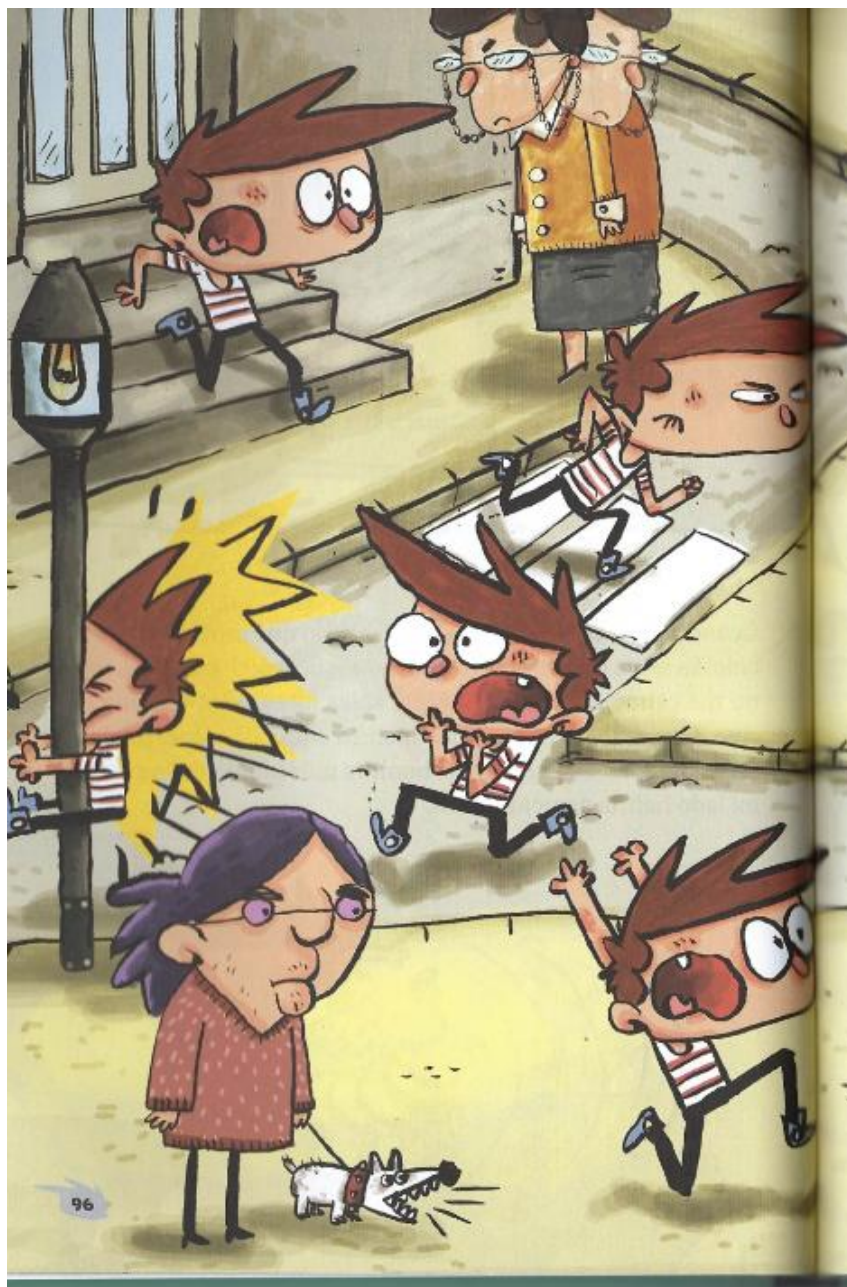


Jugando al baloncesto soy un desastre, pero saltando escaleras soy el mejor. Bajé las escaleras saltando de rellano en rellano y, por un momento, me pareció que era Peter Pan. Bajaba tan deprisa que, si alguien me hubiera visto, habría creído que volaba.



Cuando salí a la calle, estaba tan nervioso que miré a uno y otro lado. Ya sabía que el Victoria quedaba a la derecha de casa, pero no me calmé un poco hasta que vi las luces de la fachada del cine. Creo que corrí tanto que incluso aquel tipo que, según el Barón de Munchausen, era el hombre más rápido del mundo, a mi lado habría parecido lento.

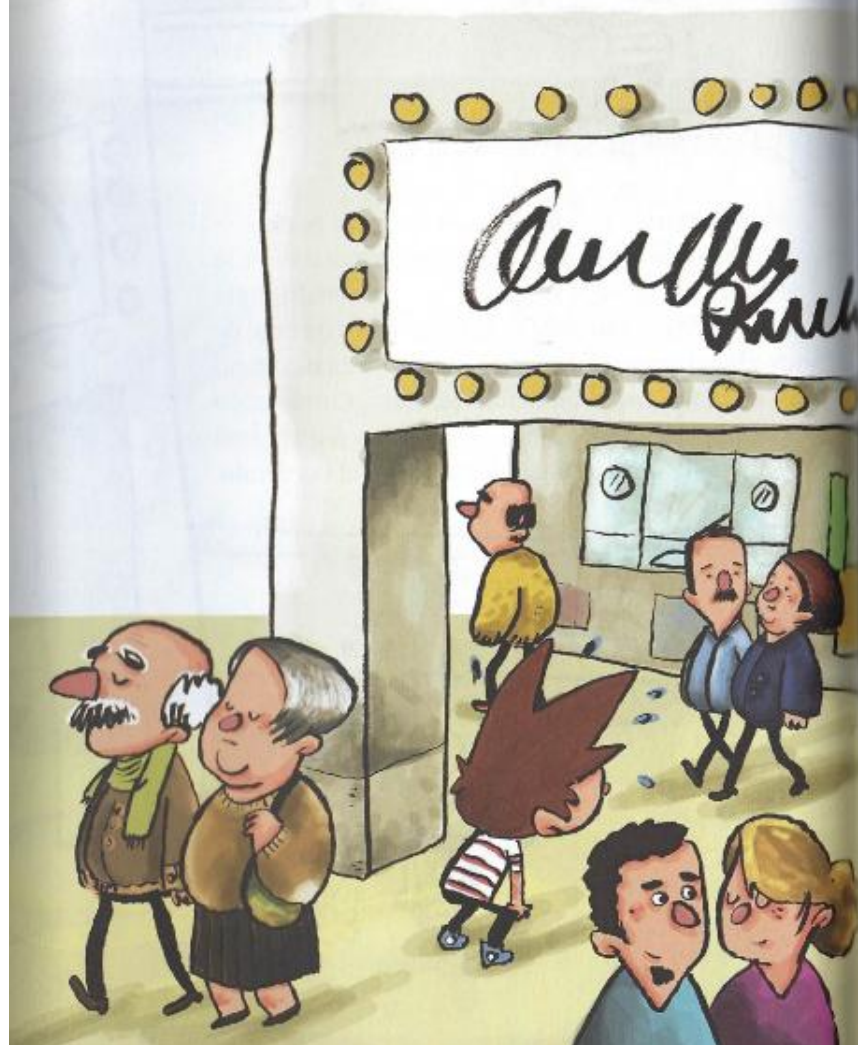




Iba tan deprisa que ni me di cuenta, pero por lo visto me crucé con Emma (que al día siguiente, en la escuela, me dijo que me había visto corriendo como un loco por la calle). Y también pasé por delante de una tienda con el escaparate lleno de peluches como el de Lidia. Todos repugnantes, claro. Corría tanto que tropecé y me la pegué contra una farola, pero tenía tanta prisa que me levanté y seguí corriendo.



¡En un visto y no visto me planté delante del Victoria! Antes había sido un cine enorme, pero ahora lo habían convertido en un multisalas, uno de esos cines con muchas salas pequeñas. Y al ver que en ese momento salía una multitud, miré con atención por si alguien llevaba al Sr. Flat. Pero no. Nadie lo llevaba.



Cuando la gente acabó de salir del cine, le pregunté a la señora que estaba en la taquilla si habían encontrado un muñeco de color naranja. La señora me dijo que ella solo vendía entradas y que no sabía nada de ningún muñeco. Nadie sabía nada.

Pregúntale al chico que corta las entradas.

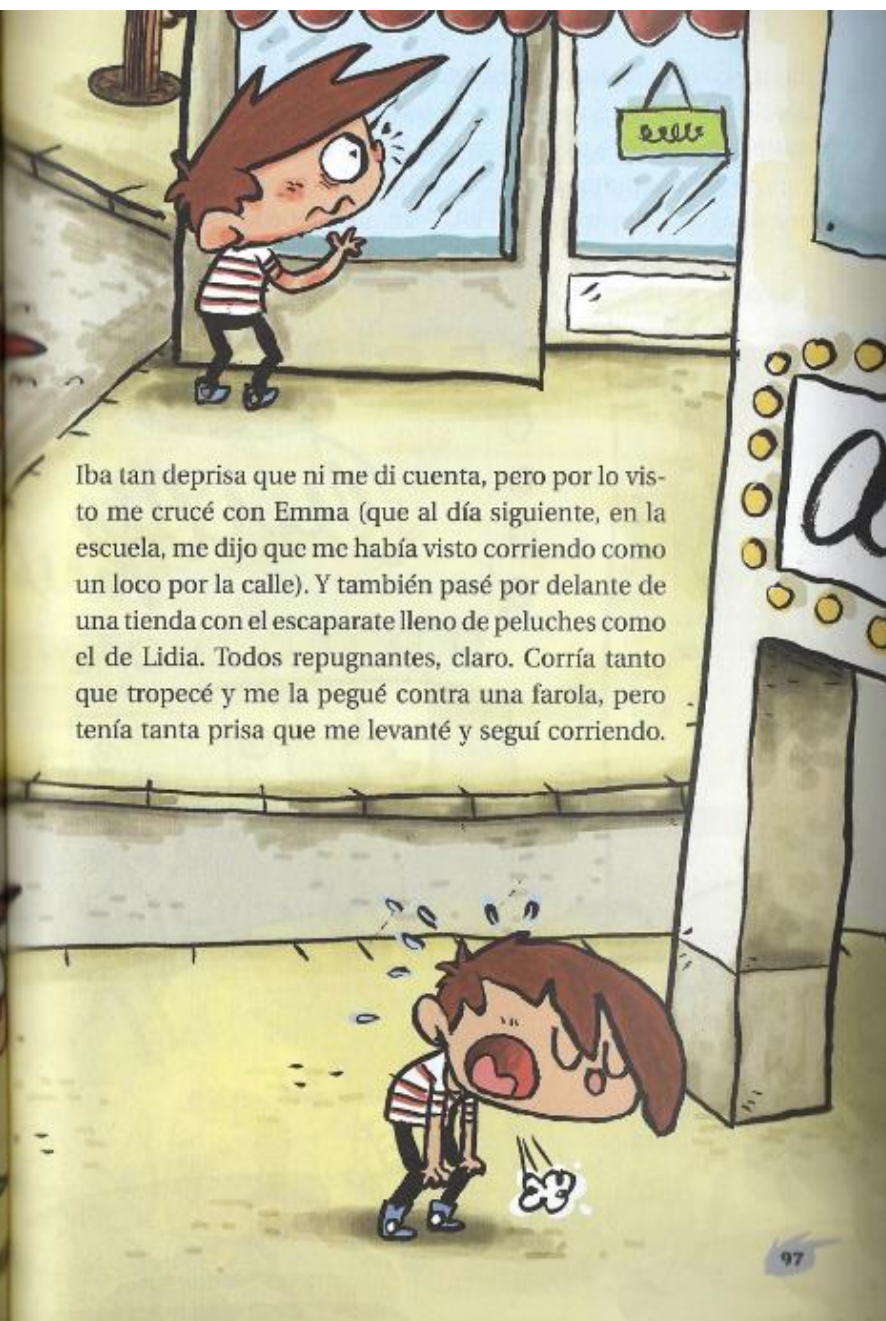


Yo no lo he visto. Pregúntale a la señora que limpia las salas.



Yo no lo he visto. Si quieres, mira dentro de las salas.





Iba tan deprisa que ni me di cuenta, pero por lo visto me crucé con Emma (que al día siguiente, en la escuela, me dijo que me había visto corriendo como un loco por la calle). Y también pasé por delante de una tienda con el escaparate lleno de peluches como el de Lidia. Todos repugnantes, claro. Corría tanto que tropecé y me la pegué contra una farola, pero tenía tanta prisa que me levanté y seguí corriendo.

Ya estaba a punto de irme del cine cuando la señora que limpiaba las salas me vino a consolar. Supongo que sintió lástima al verme tan hecho polvo.



A mí el chico del bar más bien me pareció el señor del bar. Tuve que esperar un rato para poder hablar con él, porque estaba atendiendo a un montón de gente que quería palomitas y refrescos.



Por un momento recuperé la esperanza. Seguí al chico del bar (que para mí claramente era un señor, que conste) hasta una puerta que había junto a los lavabos.

Todo lo que la gente se deja en las salas lo traemos aquí.

¡Al final no vamos a caber! ¡Un día alguien se dejará la cabeza y tendremos un problema!

/Búscalo tú mismo! Yo voy al bar, por si alguien quiere palomitas.

¡Aquello era bestial! Chaquetas, anoraks, bolsas, teléfonos móviles, bufandas, pañuelos, un casco de moto, dos gorros, una gorra, cinco jerséis... Había un montón de cosas, pero del Sr. Flat, ni rastro.



La esperanza me había durado poco. Me sentía como si me hubiera caído encima una montaña entera. Y ya estaba en la puerta para ir al bar, cuando me pareció oír una voz que venía de muy lejos.



¡No me lo podía creer! ¡Lo había encontrado! Debajo de aquel montón de objetos perdidos asomaba la cabeza del Sr. Flat. Nos abrazamos mientras él no dejaba de hablar y de hacerme toda clase de preguntas. Yo solo le dije una cosa, pero se la dije muy en serio.



Tenía muy claro que un día, cuando encontráramos el *Libro de los monstruos*, el Sr. Flat y yo tendríamos que separarnos, pero hasta que llegara ese día no dejaría que le pasara nada malo.

9

¡A CASA!



Después de darle las gracias al señor del bar, nos fuimos a casa. Quizás la gente que nos vio por la calle se extrañó un poco de que alguien de mi edad paseara con un muñeco. Me daba igual, primero porque el Sr. Flat no era un muñeco y, segundo, porque no me importaba lo que pudieran pensar.



¿Y a quién nos encontramos en el rellano de la escalera? Sí, claro, a Lidia Lines y a su padre, que parecía que competirían por ver quién de los dos era más repelente. Ella, con aquella pregunta absurda: si ya veía que llevaba conmigo al Sr. Flat, ¿por qué me preguntaba si lo había encontrado? Pero peor era el padre, que comparaba al Sr. Flat con aquel repugnante chihuahua de peluche. ¡Y encima decía que el perro era más bonito!

Pero la repelencia de Lidia y de su padre no era lo peor; lo peor fue que me sometieron a un interrogatorio. El Sr. Flat y yo nos moríamos de ganas de llegar a casa, pero antes tuvimos que afrontar un montón de preguntas absurdas. Al final, Lidia hizo la pregunta del millón, la que me hizo recordar que se me iba a caer el pelo.



Superamos el interrogatorio de Lidia y su padre, pero mis padres tampoco se quedaron cortos. Primero, dejé al Sr. Flat en mi habitación y enseguida volví al comedor para responder todas las preguntas que hiciera falta responder. Y fueron muchas. Entre Lidia, su padre y después mis padres, me pareció que estábamos en el Día Internacional del Interrogatorio.



Fueron tantas las preguntas que me hicieron mis padres, y tan a saco, que no tuve más remedio que improvisar un monólogo larguísimo para responderlas todas. Dije alguna mentira, claro, más que nada para que mi monólogo no provocara un nuevo interrogatorio.

... A ver, el muñeco me lo regaló Emma, la bibliotecaria de la escuela. Se llama Sr. Flat y resulta que se ha convertido en mi muñeco de la suerte. Por eso no quiero que lo toquéis más. ¡Y si tengo que mantener la habitación ordenada, pues la mantendré ordenada!

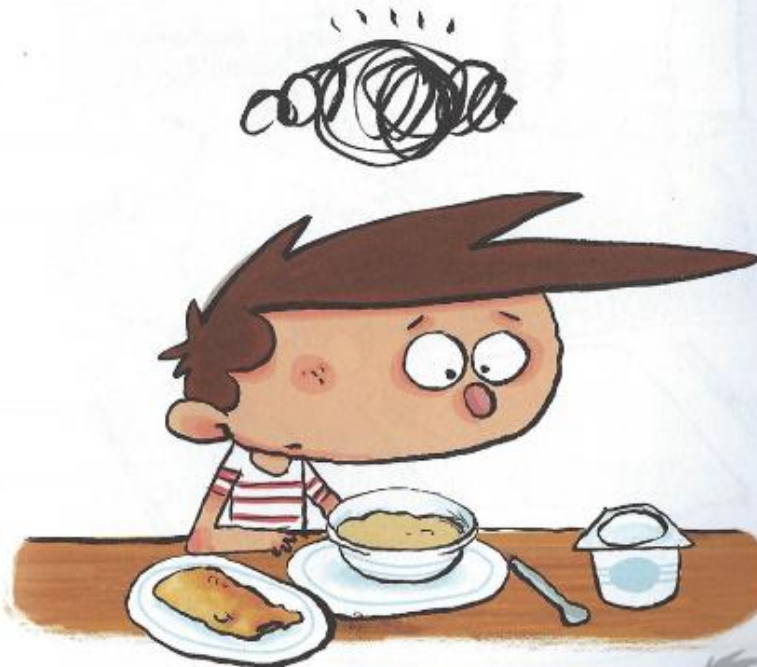
... Estaba en casa de Lidia Lines, porque ella había comprado al Sr. Flat en la parada de la escuela. Y ahora, si no os importa, me voy a mi habitación a terminar los deberes. Sería una lástima que, por culpa de este interrogatorio, no pudiera entregar las redacciones.



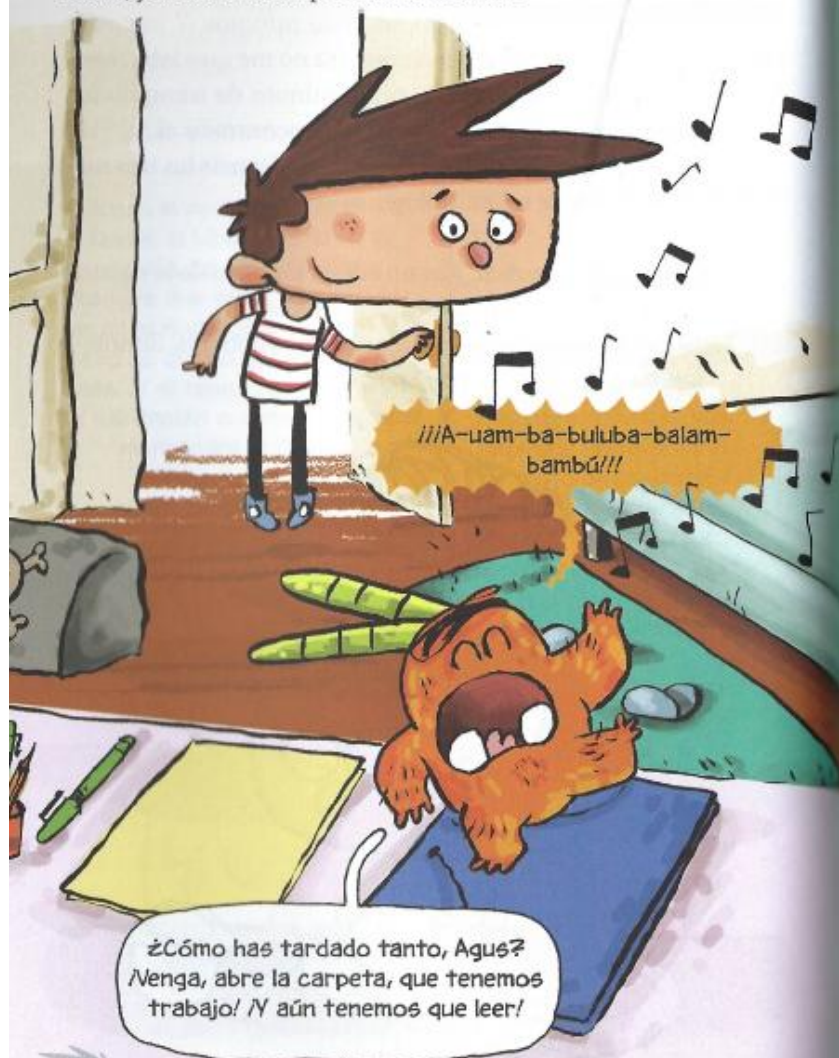
Yo mismo me sorprendí de la cantidad de barbaridades que me inventé, pero tenía un buen motivo. Aun así, no triunfé del todo. Mis padres me obligaron a salir de la habitación para cenar. Sopa, tortilla y yogur. Todo en ocho minutos. Y mientras cenábamos, pensé en las redacciones. ¡Ya no me quedaba tiempo! Pero es que no había tenido ni un minuto de tranquilidad para pensar en ellas. Daba igual. ¡Había encontrado al Sr. Flat!

Por si alguien no se ha dado cuenta, aquí tenéis las tres mejores barbaridades de mi monólogo:

1. ¡Evidentemente, el Sr. Flat no era mi muñeco de la suerte!
2. ¡No estuve todo el rato en casa de Lidia!
3. ¡No tenía ninguna prisa por acabar los deberes! Simplemente quería leer con el Sr. Flat.



Cuando acabé de cenar, me fui otra vez a mi habitación. Y allí me encontré al Sr. Flat, bailando y cantando encima de mi mesa, junto a una carpeta de color azul.



10

UNA HABITACIÓN LLENA DE MONSTRUOS



El Sr. Flat me pidió que abriera la carpeta azul que había encima de la mesa. Lo hice y un poco más y me desmayo de la emoción. Dentro de la carpeta estaban todas las redacciones. Y cuando le pregunté cómo las había encontrado, se puso a bailar y, cantando, me explicó de dónde las había sacado.

/Flat, Flat, Flat! /Soy el Sr. Flat!
/Soy el monstruo de los libros
y amo la libertaaad!

¿Quieres una redacción?
/Búscala con ilusión!
¿Quieres más redacciones?
/Ponle más pasión!
Y un poco de magia,
para dar emoción.

El Sr. Flat cantando las ha buscado
y, por supuesto, ¡las ha encontrado!

/Flat, Flat, Flat! /Soy el Sr. Flat!
/Soy el monstruo de los libros
y amo la libertaaad!

Cuando acabó de cantar, el Sr. Flat me dijo que no me animara tanto. Teníamos la redacción que yo encontré (la del día que quería ser noche) y todas las que había encontrado él. Pero me faltaba una: la que debería haber entregado en clase aquel viernes. Así que me sacudí la pereza, agarré papel y un boli, y me puse a escribir.

¿Y ahora qué escribo?... ¿Qué cuento?

¡Va, Agus, que cuando acabes tenemos que leer! ¡Y a este paso no vas a terminar nunca!



Mientras intentaba escribir mi redacción, me di cuenta de que el Sr. Flat me miraba como si quisiera decirme algo, pero no me decía nada.

Sr. Flat, ¿quiere algo?
¿Necesita algo?

No, que va. No, no...

¿Seguro?

Eeh... Bueno, si insistes...



Mira, Agus, a veces no digo la verdad.
¡Bueno, no digo toda la verdad!

Te dije que los monstruos nos habíamos
repartido por el mundo, ¿te acuerdas?

Tranquilo, yo
tampoco.

Sí.

Bueno, pues es verdad, pero hay unos cuantos que
forman equipo conmigo. Somos los encargados de
encontrar al Dr. Brot y recuperar el *Libro de los
monstruos*. Y yo... Yo quisiera pedirte un favor,
Agus. ¿Tú me harías ese favor?

Claro que sí. ¿De qué
se trata?

¿A ti te importaría que mis amigos
se instalaran aquí, en tu habitación,
con nosotros?

¡Claro que no me importaría! ¿Son
muchos? ¿Cuándo vendrán?

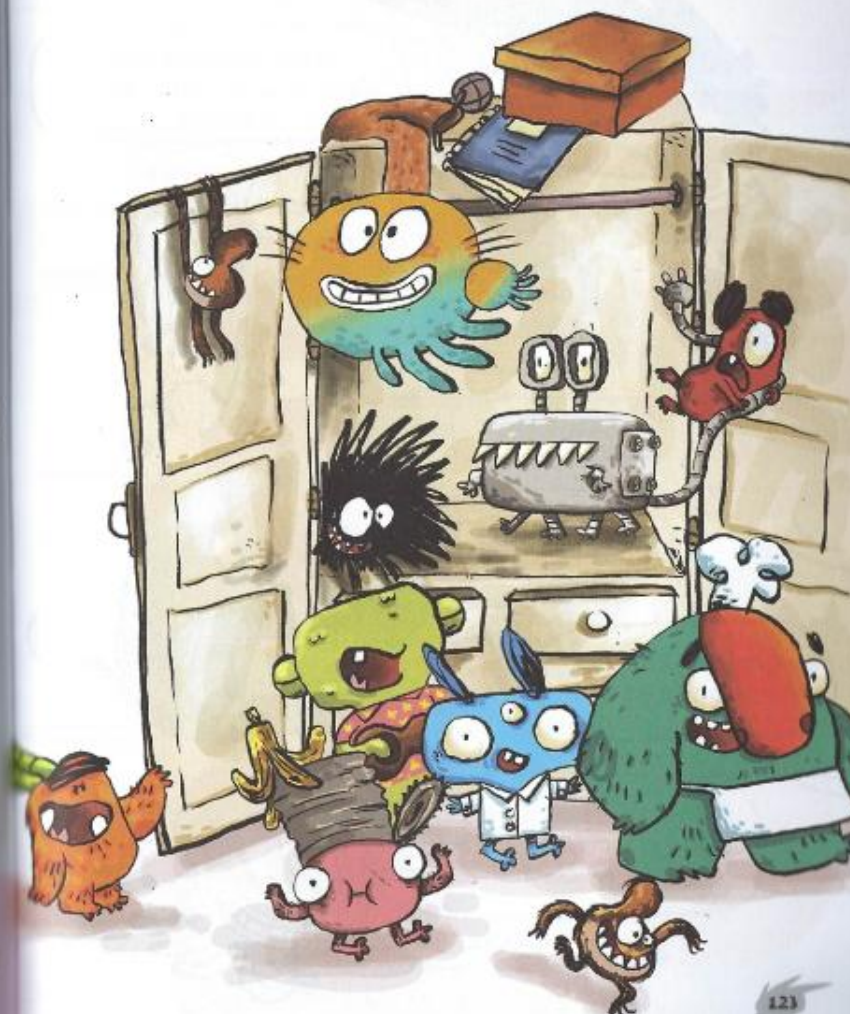
¿Tú cuándo quieres
que vengan?

¡Cuando ellos
quieran!

Hombre, si es así...



Y lo que pasó a continuación fue alucinante. El Sr. Flat abrió
la puerta de mi armario y, de repente, la habitación se llenó de
toda clase de monstruos, de todos los tamaños y todos los colo-
res. ¡¡¡MONSTRUOS, MONSTRUOS, MONSTRUOS!!!



El Sr. Flat me fue presentando a sus amigos, uno por uno. Fue muy extraño, porque, aunque no los conocía de nada, sentí como si fuéramos amigos de toda la vida.



¡Agus, te presento a Pintaca, la monstrua de los pinceles!

¡Eh, Agus!



Y aquí tenemos al CheFF Roll, ¡el monstruo de la cocina!

¿Qué tal, Agus?

Y este es Ziro, ¡el monstruo de la nada!

Creo que en una situación como esta la palabra exacta es: «¡Hola!».



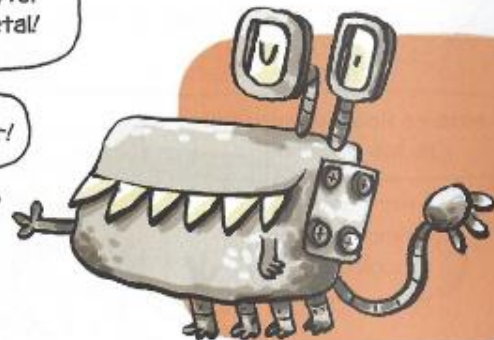
Y la Dra. Veter, ¡la monstrua de los animales!

¡Qué mono eres, Agus!



Y este es Emmo, ¡el monstruo del metal!

¡Un placer!



Este es Brex, el monstruo de la basura.

Si tienes algo para tirar, solo tienes que decírmelo.



Y Octosol, ¡el monstruo de la música!

¡Eres un sol,
Agus!



Y este es Holo, ¡el monstruo
de los agujeros!

¿Cómo lo llevas,
colega?



... Y Drílocks, ¡el monstruo del pelo!

En nombre de todos,
¡muchas gracias por
acogernos!



Tras presentarme a todos los monstruos, el Sr. Flat me presentó a mí y consiguió que me pusiera rojo.

¡Este es Agus Pianola! Es mi amigo y a partir de ahora también será el vuestro. Es un poco despistado, pero cuando me he perdido no ha parado hasta que me ha encontrado. ¡Es un gran tipo, Agus! Él nos ayudará a encontrar el *Libro de los monstruos* y, si es necesario, también nos ayudará a enfrentarnos al Dr. Brot.



Una vez hechas las presentaciones, los monstruos y yo nos sentamos en la cama. A mí me preocupaba mucho saber qué pasaría cuando mis padres entraran en la habitación.



Llamé a mis padres y, cuando entraron en la habitación, vieron a todos los monstruos bien puestos en una estantería. Les extrañó que tuviera todos aquellos muñecos, pero no sospecharon nada. Les dije que me los había dado Emma junto con el Sr. Flat.



Y, superada la prueba de mis padres, mientras yo escribía mi redacción, la habitación se convirtió en una fiesta.

Una vez había un día, una vez
había un monstruo, una vez
había un niño. ¡Y todo esto en
un solo día!

¡Me gustas, Agus Pianola,
me gustas!



**¡CUÁNTAS AVENTURAS
HEMOS VIVIDO YA!
¡DESCÚBRELAS TODAS!**





¡HOLA! SOY **AGUS PIANOLA**.

TÚ NO LO SABÍAS, PERO TARDE O TEMPRANO
TENÍAMOS QUE SER AMIGOS. HASTA HACE POCO YO
ERA UN NIÑO BASTANTE NORMAL: IBA A LA ESCUELA,
PERDÍA REDACCIONES, TUNEABA PIZZAS... PERO
EL DÍA QUE CONOCÍ AL **SR. FLAT** TODO CAMBIÓ.
AH, CLARO, TÚ TODAVÍA NO SABES QUIÉN ES EL
SR. FLAT, ¿VERDAD? SOLO TE DIRÉ QUE ES UN
MONSTRUO Y QUE DESDE QUE SE INSTALÓ EN MI
HABITACIÓN EL MUNDO NO SOLO ES MÁS DIVERTIDO,
TAMBIÉN ES UN LUGAR MEJOR. MEJOR, ¡PERO CON UN
MONTÓN DE LIOS!

**AGUS &
MONS
TERS**

VEN A | VERNOS A
AGUSANDMONSTERS.COM

combel
combeeditorial.com

